

Presentación Dossier: sentir el mundo, sentir sus tiempos

Dossier Presentation: Feeling the World, Feeling Its Times

Laura Quintana Porras, Nicolas Lema Habash, Camilo Del Valle Lattanzio

Presentación

*El error consistió
en creer que la tierra era nuestra
cuando la verdad de las cosas
es que nosotros somos de la tierra.*

Nicanor Parra

Queremos empezar este prólogo convocando la voz del poeta (o bien antipoeta) chileno Nicanor Parra, pues sus palabras recogen el llamado de la tierra, en toda su materialidad, en todas sus rugosidades y complejidades sensoriales, ésas que tanto necesitamos acoger hoy y con las cuales él supo sintonizar. Por eso le dio la espalda a una poesía aburguesada y reaccionaria, para transformarla en una praxis que se escribe con y en medio de los lugares y sus relaciones, desde sus nudos y recovecos, para imbricarse con ellos y convertirse en una práctica ecológica. Esto es, una práctica a la que le concierne habitar el mundo y resistir a todo aquello que conduce a su devastación. Hizo de la poesía, entonces, un artefacto para volver al mundo, para sentirlo desde adentro, para medir sus posibilidades, conjurar las derivas violentas, animar las resistencias, presentir sus temporalidades y, por medio de una estética popular del chiste, configurar socialmente una escritura política impulsada por el sentir de la tierra.

Laura Quintana Porras

Universidad de los Andes | Bogotá | Colombia | lquintan@uniandes.edu.co
<https://orcid.org/0000-0003-1912-8234>

Nicolas Lema Habash

Universidad de los Andes | Bogotá | Colombia | n.lemahabash@uniandes.edu.co

Camilo Del Valle Lattanzio

Universidad Friedrich Alexander de Erlangen-Núremberg | Erlangen | Alemania | camilo.del.valle@fau.de

Desde voces aisladas o bien reducidas de los incipientes movimientos ecológicos de finales del milenio, pasando a un movimiento social cada vez más global, como *Fridays for future*, entre otros, el sentimiento de cataclismo, de ese *cielo que se está cayendo a pedazos*, no ha dejado de configurar distintas propuestas de cómo resistir una catástrofe que, desde hace un tiempo, irradia sus múltiples efectos sobre nuestras formas de vida. A fin de cuentas, la catástrofe comenzó con la voracidad de un sistema económico que sólo puede sostenerse exprimiendo las posibilidades de todo lo que hay, rentabilizándolas hasta que no haya en ello nada que agotar, mientras los escombros se acumulan y la destrucción, iniciada en ciertos lugares, previamente subordinados como periféricos, crece por doquier.

¿*Qué hacer?* La pregunta de Lenin, que siempre ha estado presente en prácticamente cualquier discusión política progresista desde principios del siglo XX, provoca un eco que tal vez ni siquiera su autor supuso que podría ocurrir. La amplitud de la respuesta que se le podría dar a aquella interrogación no ha dejado de ampliarse tocando problemáticas que pasan por el Estado y la praxis política y que hoy, se ha hecho evidente, implican la vida misma de los ecosistemas planetarios, aunque esta implicación estuviera siempre en juego. Así, la pregunta de Lenin, ahora replanteada en una clave todavía más amplia, gana cada vez más importancia y urgencia en nuestros tiempos de acelerada devastación ecológica. Unos tiempos dislocados, en donde la urgencia se hace cada vez más patente. Una urgencia que, como veremos, pone en su centro la cuestión misma del tiempo: ¿cómo detener los ritmos frenéticos impuestos por la voracidad del capital? ¿cómo reconocer los efectos que, desde una larga duración de muchas ramas y raíces, se vienen inscribiendo en el mundo y acumulando de forma lenta y muchas veces imperceptible, hasta que se van desplegando de a pocos y marcando lo que puede venir? ¿Cómo desviar la destinación a la catástrofe desde la atención a lo que ha sido, a las marcas que ha venido dejando, para posibilitar otras trayectorias y otros futuros más sostenibles e igualitarios?

Estas preguntas han venido encontrando respuestas en diversas formas de organización y defensa territorial; en comunidades comprometidas con políticas de la vida; en prácticas artísticas que experimentan con formas de narrar, de hacer, de afectar sensorialmente; en apuestas de organización institucional por lo común contra el despojo, el encierro y la privatización de la vida. Son múltiples iniciativas que buscan contrarrestar la lógica de provecho y sus dispositivos de extracción, unos que abstraen de la riqueza material en la que intervienen para reducirla al rendimiento de un valor ciego, impuesto sobre todo y que no se hace responsable de los efectos del daño, y de las trazas que estos efectos van dejando en los enjambres vitales: en el aire que respiramos, en lo que comemos, en los cuerpos de agua, en los suelos, en las relaciones que tejemos con otros. Frente a la abstracción y a la irresponsabilidad mencionadas, las apuestas que destacamos se comprometen a pensar cómo detener la destrucción, y abrir otros caminos, en medio de los escombros que han venido quedando, del mundo roto que ya habitamos. Nos dicen que hay que situarnos en este

mundo derruido, sentirlo en toda tu facticidad, y en las relaciones que lo componen, para repensar -y re-experimentar- todo desde aquí.

Este número recoge justamente cuatro artículos que parten de la experiencia material de un mundo afectado por los efectos de larga duración que los proyectos de acumulación, y sus formas de extracción de valor depredadoras, han venido dejando sobre cuerpos y territorios cada vez más arruinados por estas dinámicas. Nos proponen así diferentes maneras de localizarnos temporal, espacial y afectivamente en estos restos, y en la manera en que pueden orientarnos sobre lo que puede venir. A fin de cuentas, ya lo sugerimos, se trata de efectos que han venido quedando inscritos en los paisajes, en las relaciones entre humanos y no humanos, en las afectividades: sus capas se superponen como palimpsestos, cuyos impactos se van haciendo poco a poco visibles, en latencias e irradiaciones lentas que enlazan, en múltiples direcciones, el pasado, el presente y el porvenir.

De todas maneras, hay múltiples maneras en que esta complejidad se puede reducir y oblitarse para dar lugar, de nuevo, a lecturas abstractas que se desprenden de la materialidad del mundo. Por eso los artículos aquí reunidos se confrontan con el reto de indagar cómo narrar los efectos del daño sobre los espacios vitales y las potencias de resistencia y de creación que aquí -en todo caso- quedan. Un reto que es a la vez epistemológico, estético, ontológico y político. Pues está en juego preguntarse cómo asumir lo que pasó y sigue pasando, cómo afecta lo que entendemos por realidad, cómo intervenimos en esta con otros para transformarla, cómo nos orientamos hacia otros futuros posibles desde el pasado que ya ha quedado grabado en lo que somos; cómo resistir, en fin, a aquellas lecturas de los eventos, y de sus entramados temporales, espaciales, y afectivos, que los reducen a perturbaciones de una normalidad, de un statu quo reiterado, mientras se neutralizan los efectos de dislocación e interrogación crítica que podría traer consigo confrontarse con la materialidad del desastre: con las condiciones que lo propiciaron, y con los efectos diferenciados que dejan en lugares y sobre cuerpos expuestos a diferentes formas de vulnerabilidad.

Sin haberlo pretendido curatorialmente, es evidente que las contribuciones de este número temático exploran en la dimensión temporal, y generan diferentes aproximaciones para materializar el tiempo, para espaciarlo y cartografiarlo, para *sentir el tiempo* en medio de la devastación, en la manera en que se vive en la cotidianidad, cómo la afecta y da lugar a diferentes registros afectivos, que los artículos analizan adentrándose en las prácticas y en los procesos en juego. Por eso, en contraste, con la manera en que ciertos regímenes temporales se imponen desde arriba sobre las personas y sus formas de vida, se trata de cartografiar temporalidades formuladas *desde debajo*. Es decir, teniendo en cuenta las prácticas que las personas generan para lidiar con lo que les pasó, y con las huellas, muchas veces traumáticas e indigeribles, que ciertos eventos puntuales catastróficos, pero también experiencias prolongadas en un lugar arruinado han dejado sobre su existencia y la manera en que la organizan, le dan una forma, un sentido, en coexistencia con otros. Después de todo, cómo se vive el desastre tiene que ver con cadenas discontinuas de eventos que ya habían afectado un lugar, y que podía “presentirse” en este, con la imperceptibilidad de la latencia:

de lo que va emergiendo de a poco, pero también con condiciones reiteradas que vuelven, cuando menos se espera; con fantasmas que asedian desde lo que se truncó e incluso se apuntó a borrar pero se resiste a desaparecer. Allí, en todo caso, no dejan de emerger deseos de componer otras posibilidades, de detener el daño que se anticipa, de propiciar condiciones de habitabilidad incluso en medio de lo que se ha vuelto inhabitable. Lo que es fundamental aquí es reconocer que un pasado catastrófico se prolonga de múltiples maneras en posibles futuros, en todo caso inciertos, en trayectorias que nunca son lineales sino multidireccionales, heterocrónicas, surcadas por los cruces temporales que se enlazan en la densidad de un lugar, en su tensa actualidad.

Estas instancias de cruces temporales y afectivos, que pueden dar lugar a diferentes devenires y trastocamientos, de todas formas, ya puede derivarse de lo dicho, no pueden comprenderse sino a partir de formas particulares de relación con la materia. A la vez, no pueden analizarse sino en su singularidad y en los vínculos particulares que tejen con y por medio de las materialidades específicas con que trabajan. Claramente se trata siempre de seres humanos implicados, pero el agente que hace efectiva aquella manera de (re)sentir el tiempo, no es un sujeto discretamente individualizado, sino justamente la *relación* con las materialidades específicas. En todos los casos, estas prácticas de relación comparten, más allá de su singularidad, el hecho de estar, hasta cierto punto, producidas y conectadas por la catástrofe, la pérdida y el duelo. Justamente por ello (re)sentir el mundo, (re)sentir y (re)significar el tiempo hoy supone tener que atravesar el horror de la devastación, y confrontarse con sus efectos, con los restos materiales que ha dejado. Unos restos que pueden dejar inscritas las huellas de las más brutales formas de crueldad, es decir, no sólo del gesto violento de destruir relaciones significativas, sino la pretensión de arrasirlas por completo, desaparecerlas, y cerrar toda posibilidad de que pueda, si quiera, sobrevivir su recuerdo. Unos restos de crueldad que, por esto mismo, impiden toda romantización político-afectiva de las prácticas de (re)significación temporal que de ahí surgen.

Y, sin embargo, de nuevo, es posible orientarse en estos rastros, saberlos leer para resistir a la crueldad que los quiso eliminar, al pretender borrar todo rastro de las vidas eliminadas. Así lo hace valer Miguel Ángel Martínez Martínez, al cartografiar prácticas de búsqueda que llevan a cabo colectivos familiares, en México, para localizar restos de sus seres queridos desaparecidos. Estos, nos dice Martínez, no son meros esfuerzos forenses de personas privadas, sino intervenciones políticas y afectivas que desafían la normalización de la crueldad y abren posibilidades de «supervivencia» (sobrevida) en contra de la devastadora lógica necro-extravista que se ha impuesto sobre muchos lugares. Lo hacen al leer la tierra, al escuchar los restos, al saber reconocer ciertos olores, al sintonizarse sensorialmente con un territorio. Una lectura de la tierra en la que también insisten, desde otras experiencias, las demás contribuciones. Así lo sugiere Rangga Kala Mahaswa, al ocuparse de ciertas prácticas de memorialización popular que, al rehabilitar el sitio del desastre para recordarlo, subvierten las narrativas oficiales y disputan, desde el testimonio que queda en lo impactado, la memoria de lo que pasó. Pero también Rocío Zamora-Sauma, con la noción de archivo-por venir,

enraizada en formas de relación con la tierra en Costa Rica, ancladas a lógicas de cuidado. Esa lectura a la materialidad sensorial también puede perseguirse en las reflexiones acerca del futuro que propone Ricardo Tovar, a partir de sus experimentaciones con las traducciones afectivas que pueden lograrse a través de intervenciones artísticas; en particular a partir de efectos sonoros que buscan hacer audibles la incertidumbre y desazón, así como las formas de esperanza, que nos asedian, nos rondan y, pese a todo, nos impulsan.

Si en todos estos casos “sentir el mundo” puede vincularse con prácticas de (re)sentir el tiempo y trastocar su devenir aparentemente ininterrumpido, lineal, abstracto e independiente de las materialidades específicas en las nos situamos, es posible distinguir al menos dos derivas analítico-conceptuales desde estas reflexiones, en todo caso vinculadas: por una parte, prácticas de memorialización y, por otra, formas de producción de archivos situados.

En efecto, uno de los enfoques en los textos de este dossier es el de las políticas de la memoria que se han venido gestando ante la experiencia de devastación ecológico-social que habitamos. Desde esta situación se han venido produciendo prácticas más o menos espontáneas de memoria colectiva, de exposición pública del daño, de duelo y de reivindicación de la justicia, en comunidades de distintas partes del mundo, como en el caso de Indonesia y de México, analizados -desde diversos frentes e inquietudes- en dos de los artículos aquí recopilados. Las políticas de la memoria, como en el caso del tsunami de 2004 en Indonesia o de la búsqueda de personas desaparecidas en México, implican distintas formas y conceptos de elaborar una relación con la historia, el territorio y el daño, y han llevado a prácticas de resistencia política ante la inercia que diversos mecanismos institucionales generan frente a eventos catastróficos. Hablamos de “políticas” de la memoria, en plural, porque en ambos casos, lo político de las prácticas comunitarias se constituye agonísticamente respecto de formas de instaurar una política de “la” memoria oficial. Por lo mismo, los proyectos de memorialización comunitaria generan una perspectiva que se aleja de las narrativas museales grandilocuentes, basadas en discursos nacionalistas y de la resiliencia de la población. Por su parte, el trabajo de Martínez, nutrido del acompañamiento en terreno con comunidades que buscan a sus seres queridos desaparecidos, establecen las dinámicas afectivas e íntimas mismas que constituyen estas prácticas, desde una forma de politización del duelo. El acercamiento crítico de estos textos a estas políticas arroja así una luz conceptual importante para entender y rescatar prácticas de la elaboración de un pasado de sufrimiento, que permanece abierto y no se puede cerrar. Aquí el mundo se siente desde una materialidad de capas profundas de temporalidad, que recuerdan una y otra vez la necesidad de fracturar un presente regido por la naturalización del desastre y las políticas de la muerte, desde la resistencia a enterrar el daño como pasado, y la insistencia de mantenerlo vivo, como un presente que exige la transformación. Por eso las huellas del desastre se vuelven contra-monumentos, mientras que la fosa clandestina se asume como un “rastros territorializado del crimen”, donde el suelo convertido en un “archivo de terror” puede leerse también como un archivo vivo de memoria y de resistencia política.

De ahí que el concepto del *archivo* resulte fundamental en las políticas de la memoria, lejos de la noción tradicional ligada a la idea de una documentación cerrada y estática, como recopilación de algo que pasó, ya frecuentemente cuestionada en abordajes contemporáneos críticos. Desde este cuestionamiento parte Rocío Zamora- Sauma al hablarnos del archivo como una práctica viva y situada, orientada a la producción de horizontes futuros, articulando el testimonio, el cuidado del territorio y la anticipación de formas de vida no extractivistas. El archivo se compone aquí de un contacto de relaciones materiales y ecológicamente situadas en el territorio, mediante la lectura de unas trazas que pueden exigir una relación diferente con el mundo, respecto de lo que dañó. Así articula temporalidades no lineales, en la copertenencia de los tiempos y en la dependencia del futuro del abordaje que tengamos de las trazas del pasado y de su latente potencialidad. Por otro lado, las prácticas que Tovar nos presenta en la instalación musical transnacional llevada a cabo en Bogotá, *Pura felicidad*, apuntan a que la creación progresiva de un nuevo archivo pasa también por un esfuerzo creativo que implica al pensamiento en su dimensión estética. Esta experiencia genera formas de expresión afectiva por medio de las cuales es posible resistir a los discursos homogeneizadores sobre la catástrofe y su temporalidad. Por medio de la recolección de voces, experiencias, narraciones –ese *rendering* del que Timothy Morton señala en las artes medioambientales– se crea también un archivo que no es un cúmulo de documentos empolvados y estancados en el pasado. De lo que se trata es de reconfigurar una perspectiva de futuro, pero sin caer en ingenuidades acerca de su desarrollo temporal lineal, y obliterando el contexto arruinado y devastado que habitamos. Al contrario, pasar por aquella incertidumbre implicada en la devastación político-ecológica supone justamente re-sentir el tiempo futuro sin ingenuidades e incluso con una perspectiva clara sobre sus fracturas e incertezas, pero también apostando a la posibilidad de lógicas de recomposición. Así, tanto el archivo sonoro que reproduce una multiplicidad de voces en la convivencia planetaria, como el archivo vivo de las comunidades en su relación con el territorio y la nación, son elaboraciones estético-políticas que están releando y resistiendo a la catástrofe que enfrentamos.

Los artículos que aquí recogimos nos invitan entonces a embebernos en la materialidad del mundo, que es también una materialidad temporal, ya vimos, porque todo lo que es ha emergido, deviene en procesos que lo han ido configurando. Son textos, como muchas otras voces por doquier, que nos llaman a reconocer –en otros términos– nuestra pertenencia a la tierra, desde el cuerpo, desde las relaciones, desde la manera en que nos conciernen y afectan, para sentirla de otro modo, para sentir cómo nos llama a transformarlo todo ahora, sin dilación. Esperamos así contribuir a la tarea inaplazable de apostar por narrativas comprometidas con detener la catástrofe que ya ha sucedido, que sigue sucediendo y que no podemos permitir que siga normalizándose como nuestro destino incuestionable.

Coordinadores

Laura Quintana Porras. Profesora titular del Departamento de Filosofía de la Universidad de los Andes (Colombia). Entre sus libros se encuentran: *Política de los cuerpos: emancipaciones desde y más allá de Rancière*. Barcelona: Herder (2020), traducido al inglés por Rowman & Littlefield (2020); *Rabia: afectos, violencia, inmunidad*. Barcelona: Herder (2021); *Esos afectos voraces* (en coautoría con Catalina Cortés-Severino). Tusquets (2022); *Espacios afectivos* (2023). Barcelona: Herder.

Nicolas Lema Habash. Profesor asistente en el Departamento de Filosofía de la Universidad de los Andes, Bogotá, y miembro asociado del Centre d'histoire des philosophies modernes de la Sorbonne. Autor de *Duratio vitalis. Figures et variations de la vie dans la philosophie de Spinoza* (París, 2022), es doctor en Filosofía por la Universidad de París 1 Panthéon-Sorbonne y máster en Filosofía Antigua por la Universidad de Oxford.

Camilo Del Valle Lattanzio. Docente y profesor de la Friedrich-Alexander-Universität Erlangen-Nürnberg y doctor en literatura comparada por la Freie Universität Berlin y máster en la misma disciplina por la Universidad de Viena. Sus áreas actuales de investigación son la ecocrítica, los estudios de género y sexualidad y la filosofía contemporánea (teoría política, estética y ética).